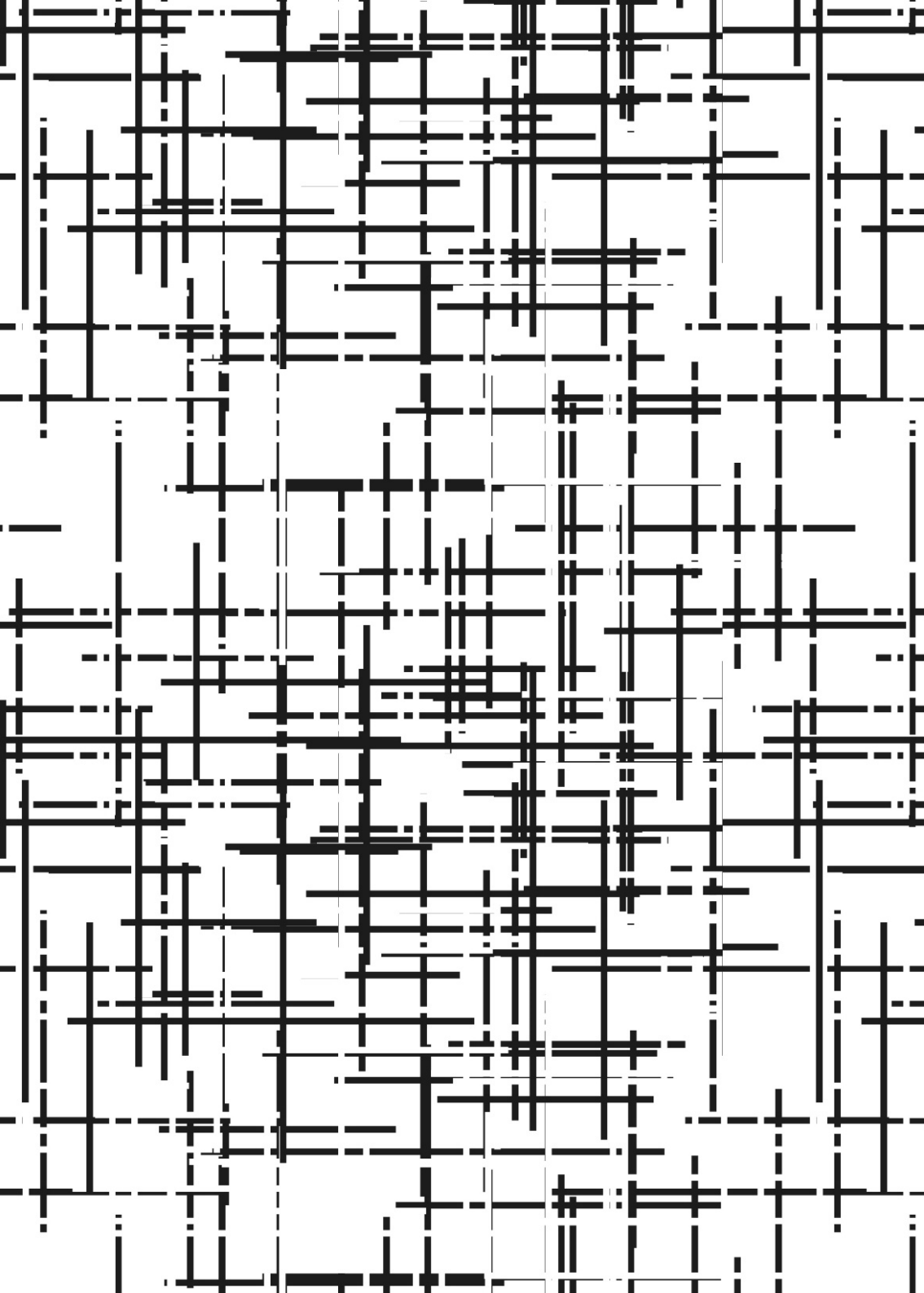




Primera Edición: abril 2016

CUANDO SE OLVIDA EL PRIMER AMOR

Editado y producido por:



Punto Rojo Libros, S.L.
info@punterojolibros.com

Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España

Derechos reservados © 2016, respecto a la primera edición en español, por:

© Pedro de la Cruz Gutiérrez
© Diseño base cubierta: David De La Cruz Delgado.
© Punto Rojo Libros, S.L.

Impreso en España • Unión Europea
ISBN: 978-84-16722-68-6

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

CUANDO SE OLVIDA EL PRIMER AMOR



Dedicatoria

Dedico esta obra a mi esposa, Maricarmen, por darme tantos ánimos en todo el proceso de creación. A mi hijo, David, porque siempre cuento con su colaboración. A mi hija, Belén, que siempre me anima. También a Rosa María Vallvé Ferré, por haber escrito el prólogo de la obra tan certeramente, sacando toda la esencia de la novela sin descubrir su secreto, para que el lector ansíe llegar al final.

Querida Rosa: te estaré eternamente agradecido de que no lo dudarás ni un instante cuando te propuse que escribieras el prólogo de mi obra. Desde ese momento, ya formas parte de ella.

Citas

Las citas de esta obra son propias del autor de la novela.

Prólogo

Cuando se olvida el primer amor es la tercera novela de Pedro de la Cruz que nos ofrece la vida de un joven que pretende convertirse en adulto alejándose física y emocionalmente de su entorno. Como en las otras novelas de este autor, el protagonista es un joven fuerte, valiente, con personalidad, belleza física y encanto para las mujeres. En este caso, se llama Raúl y su historia empieza cuando se marcha del pueblo que le ha visto crecer para distanciarse de su padre autoritario que le somete a él y a toda la familia. Aunque tiene el amor de su madre y el amor apasionado de su prometida, María, no encuentra suficientes razones para quedarse en su tierra. En el fondo, es el hombre que quiere buscar la aventura de hacerse a él mismo. No tiene miedo y está seguro de su apuesta.

Raúl, nuestro hombre, emprenderá una serie de viajes que le llevarán primero a construir su vida encima de unos cimientos que le conducirán al fracaso emocional de él y de su familia. Él es un luchador, pero ¿será capaz de reconstruir de nuevo su mundo emocional destruido?

La novela puede dividirse en cuatro partes: la primera nos presenta al personaje, su punto de partida, su primer amor y el

primer viaje a Barcelona, donde ya empezará su suerte. La segunda parte transcurre durante un año más o menos entre la Barceloneta, Mataró y Pedralbes. En este periodo, las mujeres se enamoran de Raúl. De todas ellas, Estela le llevará a una situación más difícil por la diferencia social y por el padre malvado que se opone a esta relación. La tercera parte nos muestra a Raúl, que no puede superar la dura oposición del padre de Estela y se cobija en los brazos de otra mujer con quien construirá una familia para descuidarla y dedicarse al éxito profesional. Pasarán los años y los problemas familiares llevarán a Raúl a remover su vida para buscar una salida. A partir de ese momento, empezará la cuarta y última parte de la obra donde Raúl emprenderá una serie de viajes a Madrid, Barcelona y Esplugas.

¿Qué misterios le aguardarán a Raúl en todos estos viajes?

Paralelamente a la vida de Raúl conoceremos diversas historias de la postguerra española. El relato de la familia de Pepín, de Villanueva de Córdoba, nos habla de los vencidos de la guerra civil y del sufrimiento de sus mujeres. Las desgarradoras memorias de Paca, la madre de Laura, que desde Castro del Río de Córdoba nos dibuja la cruel situación de una mujer, tanto en el pueblo, entre sus conciudadanos de su misma condición, como en la ciudad de Madrid, entre los militares poderosos. Estas historias crudas y punzantes enmarcan muy bien la situación del momento en que está situada la obra. La historia de Fausto y de Flavio se entrelaza con su vida y son también otras historias dentro de la misma.

Las novelas de Pedro de la Cruz nos hablan de hombres íntegros que buscan la felicidad y el amor. Hombres que se enfrentan a otros hombres y que tienen amigos que les ayudan. Hombres que, como Raúl, en *Cuando se olvida el primer amor*; Manuel en *Entre el amor y la ira*; y Marco en *Lo que ocultan las mareas* creen en el amor y la pasión. Hombres que se equivocan, asumen sus errores y vuelven a empezar. A veces, el autor repite en sus novelas elementos y situaciones que nos parecerán semejantes. Parece que siente la necesidad de profundizar en los mismos argumentos, como el artista que va modelando su obra.

En las novelas de Pedro de la Cruz encontramos poemas, cartas y citas que nos muestran la emoción del autor y permiten al lector la reflexión más profunda de los acontecimientos que viven los personajes en la novela. Es muy loable la dedicación literaria del autor que dota a sus obras de una sensibilidad mayor.

Pedro de la Cruz sitúa a Raúl en un pueblo del Alto Tajo, del que se marcha a los veintiún años haciendo un guiño a su biografía. Raúl nos recuerda a Pedro de la Cruz en muchos aspectos, pero sobre todo por el hecho de haberse construido a él mismo, tanto en la faceta profesional por su capacidad emprendedora como por su valentía en iniciar su carrera literaria.

Cuando se olvida el primer amor es una novela que nos habla de la construcción de un hombre a partir del viaje, como punto de partida. La vida empieza cuando el personaje cree que tiene la capacidad de decidir su futuro, pero en la novela, como en la vida, vemos que no es fácil y que el futuro se construye sin olvidar el pasado.

Una vez más, Pedro de la Cruz nos ofrece una historia con el corazón abierto mostrándonos sus emociones, sus pasiones y su predilección por la gente del pueblo humilde. Merece la pena la lectura de esta historia, de un hombre que persigue el amor y la felicidad.

Rosa María Vallvé Ferré, Catedrática de llengua i literatura catalanes d'Ensenyament secundari.

PEDRO DE LA CRUZ GUTIÉRREZ

CUANDO SE OLVIDA EL PRIMER AMOR

PUNTO●ROJO
libros

Aquella noche, las estrellas brillaban intensamente. El cielo limpio y transparente formaba una bóveda que parecía querer aducirme hasta el infinito. María y yo nos disponíamos a pasar los últimos momentos juntos, porque mi partida a tierras lejanas se produciría en pocas horas.

El lugar era el de siempre. Aquel pequeño territorio donde cada noche se fabricaban nuestras ilusiones y nuestros sueños; también nuestras esperanzas del mañana, las ilusiones de hoy. Desde nuestro rincón dorado, nos amábamos y nos comprometíamos con nuestros sentimientos más profundos. Era el lugar desde donde nos hacíamos las grandes promesas, siempre comprometidas con el amor y nuestras caricias implicadas en el instante. Desde allí, nuestros cuerpos se rendían a los deseos, a los besos y a las pasiones. Era en aquel portón de la entrada al hórreo; lugar mágico y especial para amarse sin complejos. Desde allí, nos cobijábamos bajo la intimidad que nos proporcionaban las estrellas y la mortecina luz del farolillo colgado bajo las tejas. En aquel lugar, nos amábamos sin las miradas indiscretas de los pocos transeúntes que por allí pasaban.

En ese lugar concurrían todos nuestros argumentos para seguir amándonos en la distancia y en el tiempo.

En nuestra despedida inevitable, aquel lugar también fue testigo de nuestra pena, de nuestro dolor por la distancia que pondríamos muy pronto entre nuestros besos; entre nuestras emociones al abrazarnos, entre nuestras miradas transparentes.

María se arrojó a mis brazos rindiéndose a la desesperación y al dolor, consciente de mi partida que se produciría en unos instantes. En sus ojos enrojecidos se reflejaba la tristeza de mi inevitable ausencia; parecía como si esa noche fuera la última que podríamos abrazar nuestros cuerpos. Su respiración comenzó a ser arrítmica, como si sintiera que el diafragma de sus pulmones no le permitía pasar suficientemente aire para poder seguir viviendo; su mirada lagrimada me hacía zozobrar entre la penumbra de aquella noche sin luna.

Mi corazón y mi alma querían quedarse en aquel lugar de la nada, pero mi cerebro me llevaba a mundos lejanos abandonando la tierra que un día me vio nacer, y a la mujer de mis sueños y de mis desvelos que amaba hasta enloquecer.

—Raúl, no te vayas —me decía María entre sollozos lagrimados. Si lo haces, serán mis últimos días porque no podré seguir viviendo si no estás a mi lado.

Ceñí aquel cuerpo sensible y frágil con toda la delicadeza que mi mente y mis manos rudas me permitían abrazar. Sentí el estremecimiento de sus labios mojados y sus manos asidas a mi cuello, como si mi cuerpo fuese una traviesa de salvación en medio de aquel océano de naufragio. Por un momento, pensé que

si seguía apretando su cuerpo se rompería como las alas de una mariposa. La separé de mí un instante para ver de nuevo su cara angelical. Sus ojos ya eran dos torrentes que sembraban toda la estancia con aquellas lágrimas de dolor.

—Te amo, María, te amo —le dije con toda la pasión que mi ser sentía en aquel momento—. Pero necesito salir de esta espiral de monotonía, indiferencia y tosquedad de mi padre, que no cesa en hacerme la vida insoportable en este lugar; donde los días y las noches se repiten como en la noria sus carillones sacando agua, arrastrados por la parsimonia de un jumento.

Lo hemos hablado muchas veces, bien lo sabes, amada María —le dije mirando la profundidad de sus ojos húmedos y tristes. Te quiero con todas mis fuerzas, pero la tortura vivida junto al dictador de mi padre durante estos veintiún años no puede continuar. Lo siento por ti y por mi madre, que sois las víctimas de esta tragedia. Mi padre no cambiará nunca. Podría llegar el día en que ni tan siquiera pueda respirar en este lugar. Te llevaré lo antes posible a mi lado. Formaremos nuestra propia familia lejos de aquí, y seremos felices en un universo nuevo, en un mundo hecho para los dos; lejos de esta tosquedad y miseria humana.

María apretó con más fuerza sus brazos. No se podía hacer a la idea de nuestro próximo alejamiento en aquellos momentos tan importantes para nosotros, en los cuales respirábamos tanto amor.

—Te amo, Raúl, te amo, te amo —me repetía con la voz casi quebrada—. Eres lo que más quiero en este mundo, y ahora no podré tenerte a mi lado para sentirme protegida entre tus brazos. Te amo, te amo —me repetía sin parar entre los balbuceos provocados por nuestros labios casi sellados.

—Antes de que nos echemos de menos, ya estaremos juntos de nuevo —le dije con la cara humedecida por sus lágrimas mezcladas con las mías que no cejaban en inundarlo todo. Te lo prometo, María.

—¿Me escribirás? —me preguntó con un hilo de voz que apenas pude escuchar.

—Todavía no me he ido, amada mía, y ya comienza mi corazón a escribir la primera carta —le dije.

María selló mis labios de nuevo con un apasionado beso, intentando que la noche se volviera eterna y el mundo se parara en ese mismo instante, para seguir abrazados y amándonos eternamente; pero el reloj del campanario era implacable en el recorrido de sus manecillas y, con unos cuantos repiques, anunció las cinco de la mañana.

La noche se extinguía a toda prisa, al mismo tiempo que apagaba las estrellas para dar paso a un nuevo día. Ya comenzaban los gallos a hacer sus cantos de madrugada con su *kikirikí* anunciando el nuevo día que se aproximaba vertiginosamente por el horizonte de la nada.

Nuestros cuerpos permanecieron unidos ajenos a la noche, ajenos a la claridad del día y ajenos al mundo que nos envolvía.

La alborada comenzó a iluminar la cara de María. La vi tan bella que parecía un ángel entre nubes blancas que lloran.

Se acercaba la hora de partir, y cada vez era más difícil la despedida. A cada instante, nuestros labios se sellaban bebiendo nuestro amor a sorbos de pasión, como si aquella fuente de vida en pocos minutos se extinguiera para siempre. Nos amamos como nunca lo habíamos hecho.

—Tengo que partir, cariño —le dije con el corazón roto de dolor—. Si no lo hago ahora, quizás no lo pueda hacer nunca.

—Te amo, te amo —me decía María, mientras se aferraba a mi cuerpo como si quisiese penetrar en su interior para partir juntos muy lejos—. No te vayas, no me dejes, te amo —repetía una y otra vez María entre suspiros de dolor.

Sus brazos seguían asidos a mi cuerpo con las últimas fuerzas que le quedaban. Sus labios eran jugosos como el rocío de la mañana producido por las lágrimas derramadas en ellos cuando se deslizaban sinuosas por su cara angelical. En aquellos momentos, sólo besos, pasión y más besos; pero mi partida era inquebrantable, porque mi decisión había sido bien meditada.

Abandonar la tierra que me vio nacer era muy difícil para mí. Allí estaba mi gente: padres, tíos, amigos... También mis esperanzas y mis ilusiones rotas; y allí, en todo lo alto, mi pueblo

escuálido como la armadura de don quijote, en aquel altozano rodeado de una estéril tierra que contrastaba con la proximidad de la exuberante naturaleza del alto tajo.

—Te amo, te amo —le dije de nuevo a mi adorada María—, pero tengo que partir.

Comencé a separarla de mí sin dejar de besar sus labios de coral, hasta que perdieron todo contacto con los míos, como las rosas pierden sus pétalos cuando se deshojan dejando su perfume al viento de la eternidad.

En esos momentos, noté cómo los brazos de María disminuían su presión. Sabía que mi disposición era firme y no habría marcha atrás en mi decisión. Sus manos se deslizaron hasta que perdieron todo contacto con las mías. Sus ojos dejaron de parpadear, como si no quisiera perderse ni una imagen de aquel instante, para eternizar el momento tan especial en sus retinas.

El brillo de las estrellas más intensas, junto al color rojizo del amanecer, comenzó a reflejarse en sus pupilas dilatadas, haciéndose partícipes de aquella despedida de amargura y miel.

Di media vuelta sin querer echar la vista atrás, y dirigí mis pasos en dirección a mi hogar. Pero tan sólo me había separado unos metros de ella, y no pude evitar girar mi cuerpo para mirarla de nuevo. Sus ojos, aún sin pestañear, humeaban en el silencio de las palabras, y todavía pude oír el eco de sus suspiros.

Después de ver su rostro impasible, ya no giré más mi cuerpo porque el dolor también me acompañaba en cada paso que daba.

Cuando llegué a mí casa, ya se asomaba por el horizonte la alborada, y pude oír a mis padres cómo discutían sin llegar a entender lo que decían, aunque bien sabía que se referían a mi próxima partida.

Entré en mi habitación; abrí mi armario para coger toda mi ropa y mis pocos enseres. Los coloqué encima de mi cama y me dispuse a vestirme con mis mejores ropas para emprender mi aventura. No eran de buena hechura, pero me caían muy bien. Tenía veintiún años, metro noventa de altura y con buen porte. Peiné hacia atrás mi pelo ondulado de color azabache, echándole una buena loción de brillantina. Relucía como las botas de un recluta en la jura de bandera.

En el pueblo me decían que era tan guapo como mi madre, y ella lo era mucho. Así que me quedaba todo como un guante de primera comunión.

Coloqué toda mi indumentaria y utensilios de aseo en la maleta de cartón forrada de tela a cuadros, que me había dejado mi primo Juan.

Cuando el reloj del campanario dio las siete, fui a despedirme de mis padres. Ellos no aceptaban esta separación. Estaban tan apegados al terruño que les impedía ver la posibilidad

de que existieran otros mundos lejos del suyo; para ellos, y por extensión a sus progenitores.

De mi hermana Raquel y mi hermano Lorenzo, dos y cuatro años menores que yo, ya me había despedido el día anterior para no despertarlos tan temprano. Se quedaron muy tristes, pero entendían mi partida, pensando que cuando cumplieran los veintiún años, ellos también lo harían.

—Raúl, mira bien la puerta que abres para abandonar este hogar. Si te vas y un día vuelves, la encontrarás cerrada con mil cerrojos —me dijo mi padre, mientras mi madre se encontraba detrás de él disimulando el dolor todo lo que podía para que yo no sufriera.

La proximidad de mi ausencia le producía verdadera angustia, aunque bien entendía mi partida, pero ella estaba obligada a obediencia debida y, por extensión, a acatar las advertencias que le hacía mi padre. Como siempre, sumisa a los dictámenes del tirano.

—No te disgustes, padre —me atreví a decirle, mientras el dolor más grande lo recibía mi madre, todavía escondida tras la espalda de él.

Sólo pude ver su rostro mirándome de reojo, con deseos de abrazarme, pero sin poderlo hacer hasta que vi cómo sus ojos humedecidos escribían una tragedia en el suelo de aquella tierra que absorbía todo el dolor.

—Padre —le dije con sentimiento y dolor de nuevo—: sabes que la convivencia entre nosotros es imposible. He aguantado hasta la mayoría de edad porque así lo mandan las leyes, y también por el mucho respeto que te tengo, con la esperanza de que un día pudieras cambiar y entendernos como un buen padre se entiende con sus hijos, pero eso no ha ocurrido. Me gustaría volver un día y poder entrar de nuevo por esta puerta para poder mirarte a los ojos, a ver si has cambiado, pero si eso no es así, no la cruzaré nunca más.

Aquella puerta se cerró haciendo un ruido atronador, mientras escuchaba los exabruptos y los improperios que salían de su boca. Después, el tiempo dio paso a los silencios dejando los pensamientos rotos a ambos lados de aquel portón.

EL TERRUÑO

*El terruño atrapa a los hombres
mientras les curte el sol la piel,
y las espigas en el surco doradas
en la alborada se tornan miel.*

*El cielo a la tierra fundido,
más allá no les deja ver,
con las espaldas dobladas
de la amanecida al anochecer.*

*Surco tras surco se hace camino
tan corto que se quedan en él,
como escorpión en su redondel
con el fuego hasta los pies.*

*El sol en su recorrido
hace un arcoíris de miel,
dejando atrapados a los hombres
en la tierra de dulzura y hiel.*

Comencé a caminar cabizbajo en aquella mañana de septiembre de 1962, con la última mirada de María grabada en mis retinas dilatadas por el dolor, el rostro de mi madre roto de angustia y sufrimiento y la ira reflejada en los ojos de mi padre.

Llegué a la parada de la Trillana (así se llamaba el vehículo que pasaba por el pueblo a recoger a los viajeros). Seguramente, el nombre se debía a que su última parada era en un pueblo llamado Trillo.

Y así comenzó mi gran aventura por el mundo, subiéndome a aquel vehículo que partía a las siete y media de la mañana y que tan sólo pasaba por el pueblo una vez al mes; por lo cual, no quería perderlo. Si esto ocurría tendría que esperar todo ese tiempo con mi conciencia pulverizada por los últimos exabruptos pronunciados por mi padre, la angustia reflejada en el rostro de mi madre y el dolor de mí amada María.

Mientras la tierra quedaba grande entre mi aldea y el autobús, que ya circulaba a la velocidad de crucero, mi mundo se fue haciendo mucho más amplio. La ilusión de una vida nueva y el paisaje que divisaba a través de las ventanas de aquel vehículo, me creaban un mundo de posibilidades. Ya dejaba atrás aquellos rastros que lo cubrían todo de color ocre, en esa Castilla de espigas doradas y de dulce miel.

Sabía que había disgustado a mi madre, pero mi vida y mi libertad me pertenecían. Estaba seguro que se repondría de la desazón que le producía mi ausencia, pero lo aceptaría cuando un día, de nuevo regresara a visitarla, porque entre otras cosas, los hijos tienen todo su derecho a volar solos para prepararse en el devenir de sus vidas.

En la evocación de mis pensamientos, apenas se asomaba ya la figura de mi padre. Tampoco sabía si sufría porque se le ausentara una buena mano de obra, o por el dolor del abandono del hijo. Quizás, nunca lo sabré.

La Trillana paró en Sigüenza, donde yo tenía que coger el tren para Cataluña.

Durante el viaje, una hora y diez minutos aproximadamente, di cuenta de mi acción con mi cabeza pegada al cristal de la ventanilla de aquel vehículo, viendo el paisaje tan hermoso que quedaba tras de mí. Amaba a mi tierra, pero las circunstancias acaecidas durante todos estos años de mi vida, me daban

los suficientes argumentos para dar por buena la decisión que había tomado.

Contaba con suficiente tiempo para visitar esa hermosa villa, hasta la hora de la partida del tren que me llevaría a Barcelona. Comencé a caminar por aquella ciudad de calles empedradas de sueños. Me pareció fascinante por sus paisajes y sus muchos edificios emblemáticos. Se respiraba cultura por todos los poros de sus muros. Ahí estaba perenne su antiguo centro eclesiástico y universitario. Esa ciudad me produjo el embrujo que producen aquellas cosas que se encuentran fuera de lo cotidiano. Es una villa de techumbres doradas y callejuelas estrechas. Vistas desde el Castillo De Los Obispos de Sigüenza parece una postal de Navidad. Sus paredes enramadas de sueños y olor a miel fresca hacen que todo sea tan sublime y bello que te transportan a otros mundos imposibles de escrutar.

—Billete para Barcelona, por favor.

—¿En qué clase quiere viajar el señor? —me preguntó el taquillero del tren, sin ni tan siquiera levantar sus ojos para mirarme a la cara.

—Perdón, no le he entendido, señor —le dije sin comprender aquella afirmación.

—Le pregunto si desea viajar en primera, segunda o tercera clase, señor.